

UNIVERSIDAD Y PASTORAL
DE LA INTELIGENCIA Y DEL CORAZÓN:
EXPERIENCIA DE UNA “NUEVA APOLOGÉTICA”

SARA DE JESÚS GÓMEZ
UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA
MADRID

El presente artículo tiene como fin presentar una experiencia surgida en el seno de la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid. Una experiencia que surge de los intentos de buscar modos de evangelizar en el ambiente universitario y del poco éxito tenido. Un ambiente en el que bastantes de los profesores y alumnos no reconocen necesitar salvación y no consideran la posibilidad de que Cristo tenga nada que decir en sus vidas. El escaso conocimiento de su persona se reduce en muchos casos a una caricatura construida a base de prejuicios. Y entre los creyentes no es infrecuente encontrar un tipo de cristianismo sin vitalidad, una fe que no transforma la propia vida.

I. UNA INTUICIÓN

Esta experiencia nos llevó a comprender que en las grandes cuestiones de la vida es inútil y frustrante proponer respuestas a preguntas que nunca han salido del alma. Entendimos que nuestra tarea en la evangelización, debía consistir primariamente, en despertar humanidades dormidas. Ayudar a reconocer las preguntas fundamentales que todos llevamos dentro, también el hombre de hoy, y, con esas preguntas vivas, acudir a Cristo como quien puede responder plenamente a ellas.

Para poder mirar a Cristo se hacía necesario recuperar el órgano de percepción de lo divino pues:

cuando el hombre está completamente ocupado con su mundo, con las cosas materiales, con lo que puede hacer, con todo lo que es factible y le lleva al éxito, con todo lo que puede producir o comprender por sí mismo, entonces su capacidad de percibir a Dios se debilita, el órgano para ver a Dios se atrofia, resulta incapaz de percibir y se vuelve insensible. Ya no percibe lo divino, porque el órgano correspondiente se ha atrofiado en él, no se ha desarrollado. Cuando utiliza demasiado todos los demás órganos, los empíricos, entonces puede ocurrir que precisamente el sentido de Dios se debilite, que este órgano muera, y que el hombre, no perciba ya la mirada de Dios, el ser mirado por él, la realidad tan maravillosa que es el hecho de que su mirada se fije en mí¹.

Había que recuperar el sentido de lo divino sanando la razón del hombre postmoderno, revitalizándola en todas sus dimensiones: entendimiento y corazón.

II. UN ITINERARIO

La reflexión, el estudio y la oración sobre esta primera intuición nos llevaron a diseñar un itinerario que fuera una motivación o una provocación a afrontar el sentido de la vida en serio y a verificar la posibilidad de que Cristo lo sea. Un camino aprendido de la apologética clásica pero superando sus deficiencias. Con nuevos enfoques, énfasis y pretensiones: hablar a todo el hombre (cabeza y corazón), no demostrando sino mostrando la racionalidad potente del cristianismo, a partir del hambre de Dios que anida en el corazón de todo hombre, reconocida como tal o no. En palabras de Juan Pablo II,

hace falta una nueva apologética, que responda a las exigencias actuales y tenga presente que nuestra tarea no consiste en imponer nuestras razones, sino en conquistar almas, y que no debamos entrar en discusiones ideológicas, sino defender y promover el Evangelio. Este tipo de apologética necesita una "gramática" común con quienes ven las cosas de forma diversa y no

¹ Homilía de Benedicto XVI a los obispos suizos (7 de noviembre de 2006).

comparten nuestras afirmaciones, para no hablar lenguajes diferentes, aunque utilicemos el mismo idioma. Esta nueva apolo-gética también tendrá que estar animada por un espíritu de mansedumbre, la humildad compasiva que comprende las pre-ocupaciones y los interrogantes de los demás, y no se apresura a ver en ellos mala voluntad o mala fe. Al mismo tiempo, no ha de ceder a una interpretación sentimental del amor y de la com-pasión de Cristo separada de la verdad, sino que insistirá en que el amor y la compasión verdaderos plantean exigencias radica-les, precisamente porque son inseparables de la verdad, que es lo único que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Nunca debemos perder de vista que el evangelio de Jesucristo es la verdad a la que as-piran todas las personas, aunque nos parezcan alejadas, reti-centes u hostiles².

Tratamos así de construir un puente que fuera del hombre a Cristo y de Cristo al hombre. Lo plasmamos en un seminario, que posteriormente recogimos en dos libros³. El camino, que proponemos a profesores y alumnos universitarios, se realiza a través de seis etapas, con una metodología definida que expli-caremos más adelante. Se imparte por un equipo de profesores que han hecho el recorrido que proponen y, a su vez, lo hacen con quien le escucha, por eso, es fundamental en cada sesión, suscitar un intenso coloquio. Creemos importante describir, aunque sea brevemente, el núcleo fundamental de cada una de las etapas de este itinerario.

1. *El hombre en busca de sentido*

El objetivo de esta primera etapa es evidenciar que cualquier hombre que mira con seriedad su vida, encuentra en ella ciertas preguntas: ¿quién soy? ¿Cuál es mi origen y destino? ¿por qué el sufrimiento? ¿Cuál es el sentido último de todo? ¿dónde está el amor para el que he sido hecho? Abordar estas cuestio-nes con seriedad, no es trabajo de unos pocos, sino de todo hombre que le interesa su vida. No hacerlo, no las elimina. Es-tas, seguirán presentes toda la vida reclamando el sentido, eso sí, tal vez ahogadas en mil y una formas de evasión.

² JUAN PABLO II a los obispos canadienses (30 de octubre de 1999).

³ UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA, *Wanted ¿vivo o muerto?* (Madrid 2004). S. DE JESÚS-S. GONZÁLEZ (eds.), *Cristo ¿la gran verdad o sólo mentira?* (Madrid 2005).

Este primer escalón es fundamental, no se puede avanzar si quien lo escucha no desea afrontar la cuestión del sentido de su propia vida con seriedad. No hacerlo es una opción y el trabajo consistirá en tratar de pasar la vida evitándola.

2. *¿Cómo se puede estar seguro de saber cuál es el sentido de la vida?*

Quien sigue adelante en este camino de búsqueda es alguien a quien su vida le importa, que no quiere engañarse, autoconvencerse de algo que no es verdad, por ello es pertinente que en la segunda etapa se reflexione sobre cómo reconocer el sentido de la vida.

La vida del hombre, tal como nos la encontramos, no se conforma con cualquier respuesta. Su exigencia de totalidad, de infinito, de eternidad deben ser adecuadamente saciadas por quien tenga la pretensión de ser el sentido de la misma. El tipo de certeza que el hombre puede tener de haberlo encontrado, no es científica, ni filosófica, sino existencial. Una certeza y una seguridad que se reconocen *a posteriori*.

Con estas pistas sobre el tipo de respuesta y de certeza hay que empezar a buscar, por que en ello, cada uno, se juega el éxito de una vida plena y feliz. Proponemos empezar por Cristo, pues nadie en la historia ha tenido una pretensión igual de ser el sentido del hombre. A partir de este momento, trataremos de ver si Cristo tiene algo que decir a la propia búsqueda de sentido.

3. *La respuesta de Cristo: ¿es historia?*

Para tratar de verificar si Cristo es la respuesta a los grandes anhelos de la vida del hombre, es necesario estar ciertos de que existió y tuvo la pretensión de serlo. Es central en este punto presentar, con toda su fuerza, la reciente investigación histórico-crítica sobre los evangelios, saliendo al encuentro de la sospecha actual sobre la historicidad de los mismos.

El Nuevo Testamento nos da noticia fiable de Cristo, de su enseñanza, su obra y su vida. Una obra y una vida que muestran que Jesús de Nazareth tenía la pretensión, en sentido pleno, de ser Dios.

4. *La respuesta de Cristo: La inaudita pretensión de ser Dios hecho hombre*

En este cuarto momento tratamos de poner las grandes cuestiones del hombre frente a Cristo, tratando de ver cuál es su pretensión y qué ofrece al hombre que busca el sentido de su vida. Para ello hay que acercarse con confianza al Evangelio y poner frente a él el anhelo de amor, el sin sentido del dolor, el ansia de verdad, la propia soledad etc. y ver que Cristo ofrece: amor para el anhelo de amor infinito, compañía para el dolor, verdad en medio de la confusión, perdón para la soledad que acarrearán nuestros errores, vida y vida eterna para quien no se conforma con la muerte. Y todo esto, porque tiene la inaudita pretensión de ser Dios hecho hombre.

Ante el atractivo de Cristo nadie puede quedar indiferente. Cada cual debe poner en juego su libertad. Decir sí y verificar en primera persona, puede ser decir sí a la propia humanidad, pero ¿Dónde hacerlo? ¿Puedo fiarme de lo que dice? ¿Puedo fiarme de los cristianos que dicen vivir así, con Él, hoy?

5. *¿Es creíble la pretensión de Cristo?*

En esta quinta etapa del seminario tratamos de responder a la credibilidad de la pretensión de Cristo. ¿Es realmente Dios como afirma? La mentira y la locura no son hipótesis plausibles que expliquen la inaudita pretensión de Cristo, pero ésta quedaría en el más absoluto fracaso si su vida hubiera acabado con la muerte.

El signo definitivo de su divinidad es su resurrección. La propuesta, en este momento, consiste en analizar a fondo los indicios de credibilidad como: la fiabilidad de los textos evangélicos que recogen el hecho, los indicios históricos (sepulcro vacío, apariciones, la Iglesia), lo improbable de un invento o una mentira de los apóstoles, una cadena ininterrumpida de testigos con una humanidad atractiva que afirman que Cristo vive. Y ver que nadie ha dado una explicación alternativa a la resurrección que explique satisfactoriamente: la existencia de los relatos de la resurrección, la existencia de la tumba vacía, el origen de la fe cristiana, el testimonio de tantos que afirman hasta hoy que sigue vivo.

Estos signos indican que la pretensión de Cristo de dar sentido pleno a la vida es creíble. Cristo vive y puedo verificar en el presente si puede responder a las ansias más profundas de felicidad de cada hombre. Depende de la propia libertad y tratar de hacerlo es decir sí a mi humanidad. La pregunta abierta que deja esta etapa y que sirve de pórtico a la siguiente es ¿dónde puedo encontrar a Cristo hoy?

6. *Cristo: ¿con la Iglesia o sin la Iglesia?*

El recorrido finaliza en la Iglesia, tratando de ver si Cristo “inventó” la Iglesia o la Iglesia “se inventó” a sí misma. Nos acercamos a la Iglesia, para ver lo que ella misma dice de sí. Si la pretensión de Cristo es inaudita la suya no lo es menos. Esta se define a sí misma como la presencia de Cristo en la historia. La pregunta pertinente, que corresponde hacer a la Iglesia, es si verdaderamente puede hacer presente a Cristo o no.

Para ello, con el Evangelio en la mano, basta ver como efectivamente fue deseo de Cristo fundar y permanecer en su Iglesia y de forma especialísima en los sacramentos. Mostrar como la historia misma de la Iglesia ha sido presencia viva del resucitado.

Por esto, si la razón de ser de la Iglesia es la presencia de Cristo vivo puedo acercarme a ella, con confianza cierta, en que en ella puedo encontrar y verificar el sentido de la vida. Así el recorrido que proponemos no finaliza, sino que continúa en la Iglesia.

III. EN BUSCA DE UNA GRAMÁTICA COMÚN

Más importante que el itinerario propuesto, es el cómo llevarlo a cabo. Entendemos que la metodología del planteamiento que hacemos, requiere un cuidado especial para tender un sólido puente de encuentro con el hombre de hoy.

En primer lugar, nunca debemos olvidar que el punto de partida es el hombre, su necesidad de sentido último de las cosas y no de la verdad de la revelación o de la autoridad de la fe o de la Iglesia. Esto, porque es necesario que exista un puente de comunicación, si no hay interés por lo que digamos, por

muy verdadero o necesario que sea, no hay punto de contacto y hablamos al vacío. La primera labor es sacar a la luz las preguntas últimas en las que el hombre se expresa a sí mismo, reconocerlas, buscarlas en expresiones de inquietud o de búsqueda que se dan en la realidad del auditorio al que nos dirigimos, a pesar de que éstas puedan revestir en ocasiones formas que opaquen lo que realmente hay en el fondo.

Reconocerlas en la forma en las que se las plantean hoy los jóvenes, con un lenguaje y una intensidad particular. Quizás jamás utilizarán la frase “¿cuál es el sentido de mi vida?”, pero la inquietud con las que Dios nos ha creado y llamado está ahí y saldrá de otro modo.

Apuntar a todo el hombre, no sólo a su inteligencia, también a su voluntad, a su afectividad. Es central invitar a poner en juego la libertad, provocando con inteligencia y prudencia. Hacer pensar a quien tenemos delante, hacer querer vivir de verdad, poner en camino de búsqueda de respuestas a estos grandes interrogantes ineludibles para cualquier ser humano.

No podemos no ser conscientes de los obstáculos con los que la libertad se encuentra en este camino de búsqueda. El ambiente cultural no es neutro, y eso hace necesario mostrar el fundamento racional, histórico, existencial que tiene el interés que Cristo despierta en el hombre que con seriedad busca el sentido de la vida. Es capital abordar estas cuestiones no por interés cultural o meramente racional, sino por interés vital, si Cristo puede ser la respuesta al sentido de mi vida, hay mucho en juego en estas cuestiones.

El enfoque de cada cuestión debe ser propositivo, no confrontativo. Pero sí “afrentativo”, preguntando y respondiendo con claridad.

Con este interés afrontar a Cristo pero no tratar de demostrar, en sentido positivista o científico. No se puede demostrar la fe que, si es verdadera, supera las posibilidades de la razón sin anularlas. Cuando se trata de verdades que superan la razón, no se debe intentar convencer al adversario dialéctico con razones, porque la insuficiencia de las razones le confirmaría en su error, al pensar que nuestro consentimiento a las verdades se apoya en razones tan débiles. Se trata de resolver objeciones contra la verdad de la fe con argumentos probables y de autoridad moral e intelectual, no apodícticos, como son la

acumulación de indicios y el consenso de “humanidades atractivas”, ésta es la base firme de la verdadera racionalidad, para la máxima libertad.

Resaltar el atractivo, la belleza de la fe cristiana, sin condenar a los que no la tienen, por cualquier causa. Una fe cristiana, más bella aún, en cuanto es un tesoro en vasos de barro. Asumimos plenamente el perdón pedido por Juan Pablo II en el jubileo 2000. No queremos una apologética empeñada en defender una Iglesia angelical. Pero no renunciamos a provocar, a quien sólo ven en la Iglesia esos errores, a que mire más profundamente, buscando también la verdad de la Iglesia. Verdad que es tesoro en vasos de barro, verdad que es la inaudita pretensión de Cristo.

La verdadera verificación última de todo esto no es inmediata, hay que hacer un camino de vida: “Quien quiera cumplir su voluntad, conocerá si mi doctrina es de Dios o si hablo por mi cuenta” (Jn 7,16-18). Ese cumplimiento de esa voluntad es una forma de vivir, algo que no entrega su secreto de inmediato, pero lo entrega y superando nuestra esperanza.

IV. SIGNOS VITALES

Desde hace siete años junto a un grupo de profesores universitarios impartimos este seminario a profesores y alumnos de nuestra universidad y de otras universidades españolas y latinoamericanas. En estos años de experiencia, con cientos de personas cada año, hemos visto pocas conversiones fulminantes, pero hay una constante que se repite. Creyentes y no creyentes coinciden en afirmar que esta forma de ver a Cristo y a la Iglesia les resulta sorprendente y novedosa. Descubren un nuevo rostro que para los primeros revitaliza la fe, muchas veces dormida, y para los segundos hace caer viejos y muchas veces infundados prejuicios.

No es infrecuente, especialmente entre los jóvenes, que se despierte un enfoque nuevo de ver la vida, en el que sienten la libertad de sacar a la luz las preguntas que tanto les preocupan y que en el ambiente social actual no encuentran la respuesta que buscan. Hemos comprobado con sorpresa como las cuestiones sobre Dios y el sufrimiento, la libertad, sobre el sentido

último de todo, no se plantean en el aula sino son tema de conversación en pasillos y en la cafetería universitaria.

No menos interesante es el cambio en la comunidad de profesores, en la que plantear estas cuestiones a quien no vive la misma fe, pero si comparte la pasión por la búsqueda, enriquece la convivencia haciéndola más libre y sincera. En muchos ha dado nueva vida a la propia vocación docente, ayudando a ver en su propia materia, un lugar desde el que ayudar a despertar su propia humanidad y la de sus alumnos, convirtiéndola en un medio de plantear las cuestiones últimas. En muchos ha generado humanidades muy atractivas, que se convierten en verdaderos referentes para los alumnos.

Pequeños y grandes signos que muestran un panorama esperanzador en el que las grandes preguntas sobre el hombre, sobre el mundo y sobre Dios, que parecían estar muertas, vuelven a formar parte de la pasión del hombre, colocándose en el cimiento de auténtico ser del universitario. Se genera así, un humus rico en el que puede arraigar con fuerza la semilla del Evangelio.